

Carta de Carmen Lyra a Gabriela Mistral

San José, Costa Rica, setiembre 15 de 1931.

Mi querida Gabriela Mistral:

Yo deseaba haber publicado esta carta antes de su partida, pero hasta hoy no me es posible escribirla. ¿En qué punto del globo logrará alcanzarla? Cuando Ud. la lea, Costa Rica no será en su memoria más que un parchoncito como aparece en el mapa mundi, con una especie de cabecillas de alfiler que le hacen signos cordiales y que no son otra cosa que las cabezas de los que aquí nos quedamos queriéndola con noble querer.

El objeto de esta carta es el de ampliar su información literaria respecto de Costa Rica. En su conferencia sobre Federico Mistral y el felibrigio, se refirió Ud. a mí como el único representante de la preocupación por el *folklore* del país. Pero esto no es así: ha habido en Costa Rica muchos escritores que la han tenido, y cuya tarea ha sido más difícil que la mía, pues el único trabajo que me han dado los *Cuentos de mi Tía Panchita*, ha sido este de repetir con placer en el alma, lo que voces ya cascadas o de las cuales sólo queda un recuerdo sutil, me narraron cuando yo era una chiquilla.

Le voy a dar en mi carta los nombres de estos escritores. La tarea es grata a mi corazón porque es el recuerdo del goce que la lectura de las obras de algunos de ellos me ha ofrecido.

Aquí está de primero don Manuel de Jesús Jiménez, cuyos relatos del Cacique Garavito y de hechos acaecidos en nuestro terruño en los años iniciales del siglo XIX, siempre han sido para mi pensamiento, lo que para mi paladar una taza de chocolate coronado de rubia espuma, batido con cacao de mejores tiempos, cuando la fabricación de los panecillos la llevaban a cabo pulidamente manos muy limpias y hacendosas, chocolate servido con acompañamiento de pan dulce bien aliñado, bebida y manjar que habría hecho relamerse de gusto a una reina. Por sus páginas inolvidables desfilan las casas de nuestros antepasados, de horcones y bahareque, paredes encajadas y ventanas protegidas por torneados barrotes, casas «coronadas de musgos y siemprevivas»; con sus patios enclaustrados, sembrados de eneldo, manzanilla y borraja. ¡Cuántas abejas deben de haber zumbado en las mañanas en esos jardinillos de plantas medicinales y flores olorosas! Estas son las amplias salas con el estrado en donde la madre y las hijas cosen a mano la ropa de la casa, mientras hablan mal del prójimo. Estos son los dormitorios con las cujas con su pabellón de «género de ruan adornado con encajes y farfalao», su ajuar compuesto de «estera de vena de plátano, colchón de junco de Coris, petate de Masaya, cobo, etc.» y el rodapie que oculta «las costras del guacal y los tufos ingratos del bacín». Este es el comedor con su mesa y su arcón de noble cedro, sus servilletas chocolateras, sus escudillas del Tejar y sus jicaras de Matina y esta es la cocina «amplia y ventosa» con el

fogón de tinamastes como los que todavía se ven en las casas de los campesinos.

Así como en un pocito de agua pura del tamaño de un espejo de bolsillo se ve reflejado perfectamente el paisaje con su fondo de montaña, los prados florecidos, las casas con el mechoncito de humo prendido del techo y el movimiento de hombres y animales, así en los breves relatos de don Manuel de Jesús, se da uno cuenta de lo que era Costa Rica en el 1800 y años inmediatos posteriores: la pobreza que obligaba a nuestros antepasados a cubrirse con corteza de árboles, la frugalidad de la vida, la manera de hacer justicia, las cosas que se gastaban en una casa y sus precios, el primer reloj público de Cartago fabricado por el sacerdote Miguel Bonilla, los funerales y cabos de año, la lealtad de nuestros antepasados a España y al degenerado Fernando VII. De buena gana no dejaría el comentario de estas narraciones: las fiestas reales de la Jura de Fernando VII y los juegos de pólvora, los toros y los cantos en loanza al soberano español; las carreras de caballos, la diversión más antigua de Costa Rica con que se celebraba el día de San Juan. «Nadie se quedaba el día de San Juan sin montar a caballo. Las damas más gentiles, los muchachos más elegantes, los vecinos más respetables, los orilleros, los campesinos, todos tomaban parte en las cabalgatas de por la mañana, salvo caso fortuito o fuerza mayor. Ahora pasaba un gamonal acaudillando un grupo de mestizos, después un señorón gobernando una cuadrilla de doncellas; ahora un marido llevando en el tejuelo de su albarda a la consorte, luego un padre de familia con la recua de criaturas por detrás; cabalgando todos, hombres y mujeres, grandes y chicos radiantes de alegría, por ser día de San Juan.» Las golosinas con que se regalaban los paladares en las fiestas: mistela de leche con prestiños, enlustrados y zapotillos; los vestidos de gala de los señores que formaban el Muy Noble y Leal Ayuntamiento y el Cuerpo de Justicia y Regimiento: «sombbrero de castor, coleta larga de a jeme, corbatines negros de resorte, camisas de cordón, casacas de paño verde con botones amarillos, calzones a media pierna de tapa entera y oreja, medias

blancas labradas, zapatos de talpetao y capas a la española». Los comentarios alrededor del acontecimiento de nuestra independencia, llenos de fina ironía y que son como una caricatura en la que se pone de relieve lo que todavía forma el lado infeliz de nuestro carácter: «Aquí ellos habían aceptado la independencia hablando en plata, por no tener otro camino que tomar, no sin que adoptasen infinitas precauciones para salir con bien de aquel aprieto.» «Aquí estaban por irse con el que ganase. Toda la dificultad estribaba, pues, en averiguar por cuál lado repuntaba la victoria; mas eso era bien difícil sin tener mejores datos, y esperándolos resolvieron agazaparse «mientras se despejaban los nublados del día».

Pero seguir con don Manuel de Jesús, sería de nunca acabar.

Sobre la mesa tengo a don Ricardo Fernández Guardia con sus *Crónicas Coloniales* y sus *Cuentos Ticos*. Este don Ricardo Fernández Guardia ha sido uno de nuestros escritores que más han desempolvado archivos y más han hurgado, escarbado y hecho cortes en los sedimentos de nuestro pasado. Y cada memoria interesante que encuentra, la saca a la luz con gesto de epicúreo satisfecho, como un orfebre expone ante nuestros ojos una joya de manerá que la luz jugara en las facetas de las piedras preciosas y realizara la pieza. Sus narraciones de la época colonial son de esas que siempre se desea leer en compañía inteligente, para tener con quien cambiar miradas y sonrisas en ciertos pasajes en donde el estilo es perfecto o en que la malicia guiña los ojos a través del enrejado de la frase. Aquí en las *Crónicas Coloniales* está la vida de Costa Rica en los siglos XVII y XVIII con sus conquistadores, gobernadores y adelantados, sus frailes y bucaneros, y sus mujeres bellas que sabían pecar con tan gracioso descaro. Sobre un fondo de aventura y arrojo, la intriga, la astucia y la bellaquería van y vienen como siempre.

Ahora le toca el turno al más querido de todos, por el costarricense: Aquileo Echeverría el Poeta. Aquileo es nuestro Federico Mistral: él revela y enaltece la poesía que hay en la sencillez de nuestro pueblo. Coge la torpeza del «concho», como quien coge un trozo basto de cedro y se pone a aserrarlo, a cepillarlo, a pulirlo, a esculpirlo y resulta. Gabriela Mistral, esta caja sonora de guitarra o este teclado de marimba que rompe a cantar de un modo tal que uno siente que tiene que bailar y reír a carcajadas e irse por los campos corriendo bajo nuestro sol en busca de un concho que nos brinde la sombra del corredor de su casa y el agua de su tinaja. Mire Gabriela Mistral, Ud. le mismo encontrará en Costa Rica los versos de Aquileo en los labios del que llaman gran señor que en los de más humilde criatura del pueblo, en los del viejo que en los del niño. Y vea lo que dijo de él Rubén Darío. En primer lugar lo llamó el «Poeta de Costa Rica» y después entre otras cosas escribió a propósito de *Concheries*, citando palabras de don Roberto Brenes Mesén: «Aunque la palabra «con-

INDICE

Otra lista de libros:

Margarita Comas: <i>La coeducación de los sexos</i>	2.00
Rafael F. Muñoz: <i>¡Vámonos con Panchito Villa!</i>	3.50
Leonidas Leonov: <i>Edificación</i>	4.50
Hilaire Belloc: <i>Dantón</i>	5.50
Pío Baroja: <i>El aprendiz de conspirador</i> . Novela	3.50
Carlos Marx: <i>El capital</i>	2.50
Bertrand Russell: <i>Ensayos sobre educación especialmente en los años infantiles</i>	4.00
Em. Radl: <i>Historia. De las teorías biológicas</i> . Tomo I hasta el siglo XIX	10.00

Solicítelas al ADR. del Rep. Am.

chería» es bien inteligible para los nacionales, no estará de más indicar que en Costa Rica, de unos ocho años para acá, se llama «concho» al campesino, al aldeano. Por lo tanto, una conchería es una acción o una expresión propia de un campesino.» (Hasta aquí el Sr. Brenes Mesén.) «Habla el poeta la lengua de los hombres rurales de su país. Una ráfaga del aire que acarició las melenas de Martín Fierro o de Santos Vega ha pasado por allá. El canto brota del terreno como las flores y los frutos autóctonos.»

Luis Dobles Segreda está aquí también con algunos de sus libros cuyas páginas guardan recuerdos y observaciones preciosas sacados de los tipos y costumbres que forman como la raigambre de la vida de su ciudad, de los relatos de los viejos, de las piedras que ha removido y de los papeles que ha desempolvado. Mucho ha amado Luis Dobles su ciudad y este cariño aparece idealizado en su *Por el Amor de Dios, Rosa Mística y Caña Brava*. Los tipos humildes de *Por el Amor de Dios* tendrán una vida póstuma llena para nuestro presente y para nuestro porvenir de un encanto que no lograron alcanzar gentes empingorotadas que pasaron pavoneando su inútil bienestar por las calles de Heredia. Siempre que camino a medio día por las desiertas calles de Heredia, recuerdo las figuras de los locos y pobres de espíritu de *Por el Amor de Dios*, descritos con una devoción semejante a aquella con que Renán habla de los loquinos de la Bretaña, no recuerdo bien si en sus *Recuerdos de infancia y juventud* o en *Emma Kosilis*. ¡Con cuánta ternura se detiene el escritor ante la Iglesia del Carmen y sus viejos santos de piedra labrados por el artista herediano Fadrique Gutiérrez, ante el sonido de las viejas campanas y ante la memoria de los que construyeron el templo y se han interesado por su conservación.

Don Joaquín García Monge, el editor de *Repertorio Americano*, está presente en mi desfile de autores costarricenses que han contemplado activos la vida, pasada y presente de su tierra: *El Moto, Las Hijas del Campo* y la *La Mala Sombra* guardan un conjunto de tipos enraizados profundamente en el suelo de esta Costa Rica de la América Central, tipos tristes, sensuales, ladinos y taimados.

Manuel González Zeledón, nuestro Magón, el de *La Propia*... A nosotros nos parece que es imposible que no lo conozca todo el mundo (Ud. sabe que cada criatura humana se cree el centro del universo). Recuerdo que en una librería de Florencia, vi al pasar, muy flamante en el escaparate, un tomo de *La Propia*. Es claro que entré y lo compré muy contenta y hasta un poquito orgullosa de encontrar en Italia cosas muy de mi tierra encerradas en el pequeño volumen en donde el autor se complace en describir la ciudad de San José cuando él era niño, en no dejar perderse los matices que el ambiente y las costumbres han puesto en nuestra

lengua y en pintar con mano maestra nuestros ridiculeces.

Yoyo Quirós fué otro que atrapó en el aire modas y costumbres de la época en que le tocara vivir y las dejó estampadas en sus artículos burlones.

Rubén Coto en sus cuadros titulados *Polco del Camino*, publicados en *Repertorio Americano*, nos ha dado tipos, costumbres y tradiciones que, visto a través de su manera de escribir sencilla y clara, dejan una dulce emoción en el espíritu.

Alejandro Alvarado Quirós y Claudio González Rucavado son dos escritores que también se han complacido con lo nuestro: el uno con todo lo que se ha empujado sobre la masa, ya con una base de hechos próceres, ya poniéndose en puntillas; y el otro echando su red de buen pescador en la corriente de la costumbre.

Lisímaco Chavarría es uno de nuestros poetas que nos han descrito con amor paisajes y cosas que nos pertenecen: doña María de Tinoco (Apaikan) tiene dos novelitas de asunto y personajes tomados de nuestros indios; don Eladio Prado, a quien Ud. conoció, es otro costarricense profundamente interesado en nuestra historia y tradición, y entre lo que ha publicado, recuerdo con gusto sus páginas sobre las ruinas de Ujarrás; Modesto Martínez y sus *Héroes del campo*, trágicos y pintorescos a un tiempo.

Hay más: Gonzalo Sánchez Bonilla, Carlos Mora Barrantes, Raúl Salazar, Gonzalo Chacón, etc. Los tres primeros han escrito cosas pintorescas de nuestras costumbres y tradiciones. Posiblemente se me han escapado nombres, pero mejor no busco en mi memoria porque esta carta se haría muy larga.

Ya ve Ud., no es sólo Carmen Lyra y sus *Cuentos de mi tía Panchita*, lo único que se puede enseñar en Costa Rica cuando se habla de *folklore*. En las páginas que le he citado hay todo un tesoro de tradiciones y leyendas que encantarían a cualquier *folklorista* de profesión.

María Leal de Noguera ha recogido en sus *Cuentos Viejos* parte del folklore de Guanacaste. Los *Cuentos Viejos* y los *Cuentos de mi Tía Panchita* son hermanos y yo estoy muy contenta de este parentesco.

Y no nos olvide, Gabriela Mistral. Ayúdenos a luchar por el presente y el porvenir de esta América Central que ya casi no pertenece a los centroamericanos por el afán de ellos de cambiarlo por baratijas yanquis; ayúdenos con su fervor a portarnos de manera que cuando este presente y este porvenir sean un pasado, los amantes de escavar y escudriñar en la vida pretérita de los pueblos, encuentren tradiciones que den idea de fuerza y de valor, nobles leyendas y hasta material heroico con que levantar una epopeya.

Carmen Lyra

Tablero =1931=

Erratas, omisiones

En el número pasado, p. 157, columna tercera, en la poesía *La pajita*, donde dice:

Acérquense a mirar . . .

léase:

Alléguese a mirar . . .

En el número 9 del tomo en curso, p. 140, la poesía *Paleros* salió sin la firma del autor, que lo es F. Amighetti.

Los poemas *Las manos, La boca, Tu cuerpo y Vertigo*, aparecidos en el N° 18 del tomo pasado, son del poeta brasileiro Ruy Cinne Lima y no de Murillo Méndez como parece que fueran.

Glorificadores de Martí

= De *La Región, Camagüey*, 26 junio 1931 =

En estos días en que por gratitud debemos enaltecer los esfuerzos brillantísimos que viene realizando en México Camilo Carrancá Trujillo, como Presidente del Bloque de Obreros Intelectuales que labora para allegar fondos con que erigir en la Capital de la hermosa República hermana un monumento al Apóstol Martí, justo es, también, que recordemos a otros extranjeros que han sido desde largos años propagandistas de la obra y de la personalidad del que llamamos los cubanos con jactancia Maestro, aunque seamos tan pocos los que procuramos proceder como discípulos suyos.

Un hombre acude a mi recuerdo con imperio: el de Joaquín García Monge, el magnífico órgano de la cultura hispanoamericana, que, con el modesto título de *Repertorio Americano*, es índice

de nuestra capacidad intelectual y vocero, el más amable, de nuestras ansias colectivas.

No solamente García Monge en su *Repertorio* acoge y reproduce cuanto le llega en loa de Martí, sino que dió a la estampa en dos volúmenes sus versos, difundidos por toda la América y además, ha reproducido *La Edad de Oro* con amor y devoción ejemplares y no como empresa de mezquino lucro.

No es el único que rinde a Martí mercedísimo homenaje de admiración; pero si podemos concepcuarlo, por su perseverancia y por lo ajejo de la acción, el primero entre todos.

No intenta menguar esta afirmación el subido mérito de los demás, pero sí justipreciar una consagración casi sistemática de la cual, aún en nuestra misma patria, no son numerosos los ejemplos.

De las más bellas páginas que ha inspirado Martí cabe recordar el admirable discurso de Collor, el ilustre Delegado brasileño a la Sexta Conferencia Pan-Americana, la lírica evocación de Santiago Argüello y el magnífico estudio que le consagró Fernando de los Ríos; pero, a excepción de Argüello, no puede decirse de estos ilustres contemporáneos que sean verdaderos "propagandistas" de Martí, como en justicia es preciso afirmar lo de García Monge.

Enaltecer a Martí y extender los beneficios de su fecundo Apostolado es, sin disputa, honrar a Cuba y horarla sin inflar méritos ni inventar virtudes: la obra de Martí es tan pródiga, tan útil siempre, que ella misma nos redime de las lacras con que nuestros torpes apetitos han venido manchando la que debiera ser alba túnica de la República.

Arturo R. de Carricarte